

LA PARISINA

Por Enrique Fernández

PRIMERA PARTE.

EL PUEBLO CONTRA PHILLIP ASHBURY.

El teléfono sonó con estridencia en la sala contigua y el hombre se levantó con celeridad; esperaba que fuera la llamada que llevaba esperando todo el día. Había estado intentando leer después de la comida pero no consiguió concentrarse, tenía los nervios a flor de piel y los pensamientos volaban en su cabeza ante su incertidumbre. ¿Sería este su momento al fin? ¿Conseguiría su propósito, tan buscado, tan anhelado?

Preguntas que pronto iban a tener respuesta.

—¿Diga? —contestó casi pidiendo disculpas—. Sí, soy yo. Sí. Sí. Entiendo... No, no, gracias de todas maneras; sí, no pasa nada, no era mi única opción. Sí, igualmente, un saludo.

Separó el teléfono de su oreja lentamente y lo colgó casi a cámara lenta. En el último momento dio un golpe. ¡BAM! ¡BAM! ¡BAM! Dos, tres, cuatro, cogió el teléfono y tiró con fuerza, arrancó el cable y lo estampó contra la

pared golpeando un espejo que se rompió en un millón de pequeñas esquirlas.

Ahora el hombre estaba hiperventilando, respiraba ruidosamente y se acercó a recoger el teléfono caído y destrozado. Se arrepintió de su pérdida de control pero la rabia que sentía seguía viva en su interior. Notó su corazón latiendo a mil por hora en su pecho; parecía que se le fuera a salir, era doloroso, mucho. Repentinamente, se llevó la mano al pecho mientras caía de rodillas soltando lo que quedaba del teléfono a la vez que perdía la consciencia.

1.

Cuando el vuelo 288 procedente de Nueva York toma tierra en el aeropuerto Charles de Gaulle, Emma puede al fin respirar tranquila. Nunca le ha gustado volar y, lamentablemente, debe hacerlo a menudo, pero espera no tener que hacerlo por una larga temporada. Ahora es tiempo de instalarse en la nueva oficina, terminar de encontrar piso y aclimatarse a su nueva vida en París.

Todo ha sucedido muy rápido los últimos meses, con la enfermedad de Martha, su jefa, y el esfuerzo que realizó para suplirla y sacar adelante dos grandes contratos que a la postre han resultado vitales para la empresa en tiempos de crisis.

Meses más tarde Martha volvería a su puesto pero Emma ya había llamado la atención del CEO de la empresa, el señor Walters que una mañana la llamó a su despacho para ofrecerle la dirección de la filial en Europa.

El resto ya es historia; Emma aceptó sin dudar. Siempre había sentido una gran atracción por el Viejo

Continente. Lo peor sin duda fue despedirse de su familia y amigos pero el futuro se presentaba demasiado bonito para sufrir por ello. Le espera París y una oportunidad que no piensa desaprovechar.

Mientras aguarda por sus maletas se fija en una pareja que también las espera y se le escapa una risita. Han sido un gran entretenimiento durante el viaje con sus visitas al cuarto de baño y el enfado de una auxiliar de vuelo de lo más antipática a la que han tenido que despistar varias veces. Tras algunos intentos, han podido finalmente dar rienda suelta a sus deseos más exhibicionistas mientras el resto del pasaje dejaba volar la imaginación al escuchar sus románticos suspiros.

Ella misma hubiera fantaseado con hacer el amor en esa situación si no hubiera sido por la tensión del viaje en avión y ha mantenido a la pareja en sus pensamientos durante un buen rato, incluso en el Uber que la llevaba a su hotel. Pronto, sin embargo, su cabeza ha vuelto hacia los quehaceres más inmediatos. Esa tarde visitará varios pisos y al día siguiente se estrenará como directora de su nueva oficina.

Las luces comienzan a tomar protagonismo en las calles. Los escaparates de las tiendas, los edificios de oficinas y residenciales, y la omnipresente Torre Eiffel hacen que París brille en todo su esplendor, y el sol termina de ponerse cuando Emma llega a su última parada de la tarde. Después de descansar y darse una larga ducha ha tomado un almuerzo ligero en el hotel antes de salir a ver pisos. Pero aunque la suerte le ha sido esquiva, espera que esta cambie por fin en su último intento del día.

El agente inmobiliario ya la espera y desde luego es su tipo. El hombre, de unos 35 años, roza el metro ochenta, es delgado pero entrenado, moreno y bien afeitado. Y sus profundos ojos verdes la cautivan al momento.

—¿Madame Young? —pregunta con una voz agradable que no es ni muy ronca ni muy aguda—. Mi nombre es Luc Roland, a su servicio.

—Encantada, llámame Emma, por favor —contesta al tiempo que le tiende la mano. Su apretón es firme pero cordial y definitivamente, es guapo y atractivo. Emma se nota algo ruborizada ante el tacto de Luc y lo sigue dentro del portal. Quizás encuentre por fin un piso que le

convenga, pero seguro que ha encontrado un hombre con el que le apetecería despistar a la auxiliar de vuelo y jugar a cosas divertidas.

Esa tarde ha visto 3 pisos. Uno lleno de cucarachas, uno pequeño a más no poder y ¡sin baño!, y otro que ni siquiera ha llegado a pisar porque la agente inmobiliaria le ha dicho en el mismo portal que se acababa de alquilar. Pero el cuarto intento es el bueno. Luc le muestra un acogedor ático con cocina americana y una habitación bastante grande. Además el baño tiene un enorme jacuzzi y está recién remodelado. Por el salón se accede a una enorme terraza con vistas a la Torre Eiffel que termina de convencerla. El apartamento está cerca de su trabajo, tiene un tamaño perfecto para ella y entra en el presupuesto de la empresa así que solo queda un último paseo hasta la oficina de Luc para firmar los papeles.

—Así que cucarachas... —pregunta el hombre, tratando de romper el hielo.

—Sí, enormes y asquerosas —quizás no sea el mejor tema de conversación.

—Pues menos mal que mandé hacer limpieza. El apartamento que acabamos de ver también tenía, pero soltamos unos cuantos ratones y todo arreglado, acabaron con ellas en un suspiro.

Emma se ríe, la experiencia con aquel piso ha sido horrible pero la broma de Luc le sirve para quitarse el mal recuerdo.

Siguen charlando animadamente. A Emma le resulta muy agradable la conversación con Luc, pese a su inglés algo vacilante, con sus errores, pero se entienden bien y le hace reír. Se pregunta qué puede tener de malo y enseguida lo sabe, cuando, ya en la oficina y firmados todos los documentos, ella le pregunta si quiere acompañarla a cenar algo.

—Me temo que debo declinar, me espera mi esposa en casa —Emma siente un cuchillo imaginario clavándose en su pecho—. Quizá en otra ocasión tengamos la oportunidad.

—Oh, claro —repite Emma—, no pretendía...

—No, por favor, no te disculpes, al fin y al cabo, es la hora de cenar. Te puedo recomendar un sitio por aquí cerca.

—Claro, te lo agradezco —contesta con cierto aire de vergüenza.

Unas cuantas frases de cortesía y sus caminos terminan de separarse. Emma trata de guardar en su mente el recuerdo de aquel hombre, que tan atractivo le ha resultado; su cara, su forma de moverse, e incluso su olor, el olor de un hombre aseado pero con todo el día de trabajo auestas, ese olor a hombre puro y duro que le ha desatado ciertas sensaciones primitivas.

Mientras camina hacia el restaurante que Luc le ha indicado, sus pensamientos siguen en él. Y en la pareja del avión. Y en él acompañándola en el avión. No sabe qué es, quizás Paris, quizás su nueva vida, quién sabe, pero está sintiendo cosas que no esperaba... y que debe olvidar hasta que encuentre a otro tío que valga la pena... y no esté casado.

2.

Una agradable mezcla de olores escapa del restaurante del hotel y llega hasta Emma, con mayor intensidad a medida que se va acercando. El olor a café recién hecho impera sobre el resto, pero se distingue perfectamente el del zumo de naranja recién exprimido, el del pan tostado y el de los huevos, el bacón y las salchichas que van saliendo de las cocinas.

Emma está hambrienta. Ha madrugado porque tenía mucho que preparar. Después de una ducha rápida, ha secado y peinado su largo cabello castaño con mimo, se ha vestido con un sobrio conjunto de falda y chaqueta y se ha aplicado un poco de discreto maquillaje. Antes, había dedicado unos minutos a repasar su orden del día en la oficina: una corta charla con el resto del equipo y una serie de entrevistas individuales para saber en qué andan cada uno de ellos.

Emma va a dirigir el sello europeo de Alister Books, la editorial creada por Michael Walters veinte años atrás y

que ha ido creciendo hasta convertirse en una compañía conocida en todo el mundo, lejos de los grandes grupos editoriales del sector pero con un buen número de bestsellers que la hacen de lo más rentable, y con oficinas en Nueva York, Buenos Aires, París y Tokio.

Aunque todo tenía una pinta estupenda no ha tomado más que un café y una tostada con mermelada de fresa ya que no quiere sentirse muy pesada. Desayuna rápido antes de volver a su habitación para coger su cartera y está a punto de salir de nuevo cuando recibe una llamada de su nueva secretaria que está esperando abajo para acompañarla.

Claire la espera sentada en un sofá del hall con una libreta de cuero negro en las manos. Es una treintañera pelirroja de piernas largas y bonitas, un poco más alta que Emma y con un cuerpo de escándalo. Emma piensa que seguramente dedique su tiempo libre a espantar moscones porque además es muy guapa. Está repasando sus apuntes del día para que no se le olvide nada.

Cuando llega hasta ella se levanta para saludarla. Hace unos días que se han conocido por videoconferencia y han congeniado bastante bien lo que para Claire es un gran avance respecto a su último jefe que había resultado ser un capullo con las manos muy largas y un humor de perros. Y ahora se conocen por fin en persona.

—¡Claire! Qué gran placer conocerte al fin —saluda Emma efusiva—. Tenía muchas ganas de que llegara este día.

—Bienvenida, señorita Young.

—Por favor, llámame Emma.

Las dos mujeres salen del hotel y suben a un coche que las espera. En pocos minutos están en su destino, las oficinas europeas de Alister Books.

3.

Marie está estresada, muy estresada. Es la última becaria que ha llegado a la empresa, el último mono, por así decirlo, la chica para todo que lo mismo te hace café como se da un paseo hasta la tintorería para recoger la ropa del jefe. ¡Dios! Cómo odiaba al prepotente de su antiguo jefe, menos mal que le han dado la patada. Y ahora, a ver qué pasa con la nueva, la americana, seguro que tiene voz de pato. Pero no puede ser tan mala como Hugo, por favor, que sea maja.

La cabeza de Marie bulle de nervios porque hoy llega la nueva jefa y tiene que estar todo perfecto. Lleva días poniendo orden en armarios y ficheros, llamando al técnico para que revise los ordenadores que estaban dando problemas y lidiando con un pesado que trae manuscritos a la oficina de forma compulsiva, *¡pero a qué ritmo escribe ese hombre!* No debe tener vida a parte de escribir y además es malísimo, ya no sabe cómo quitárselo de encima.

Pero lo peor de todo es que Philip Ashbury acaba de llamar para avisar de que coge un avión en menos de una hora y se planta allí esta tarde. Será un genio literario pero es un capullo y un sobón; con un poco de suerte no tendrá que lidiar con él cuando llegue. La jefa lo va a flipar.

Oye abrirse la puerta y allí está la jefa acompañada por Claire. Claire es maja pero tiene algo que no termina de gustar a Marie. Es como fría algunas veces, distante, como si tuviera una honda preocupación en todo momento, y es descuidada; da la impresión de ser muy buena en su trabajo pero si te fijas un poco se nota cierta dejadez en algunas ocasiones, nada importante, pero que de vez en cuando se convierte en un problema.

—Marie, por favor —oye a Claire llamándola.

—Buenos días —responde Marie con una sonrisa mientras se acerca a las dos recién llegadas.

—Marie lleva cuatro meses con nosotros; realiza labores de becaria y es muy versátil; para cualquier cosa que necesites, si no estoy a mano, puedes hablar con ella.

—Encantada Marie, luego tendremos una conversación más tranquilas; quiero hablar con todo el mundo en privado para conoceros mejor.

Marie asiente y deja que sigan su camino. Claire le ha dado su cartera y la de Emma y no necesita instrucciones. Deja cada cartera en su sitio correspondiente y continúa con lo suyo mientras Claire sigue presentando al resto de empleados de la oficina. Le ha parecido que Emma es simpática, falta conocerla un poco mejor, ver qué tal es en el día a día pero parece que el ambiente en la oficina va a mejorar a partir de ahora.

4.

La mañana ha sido de lo más entretenida; después de una breve charla con el equipo para presentarse y de familiarizarse con la oficina que ocupa un precioso edificio de tres plantas, Emma ha mantenido varias reuniones en privado con los distintos departamentos. Primero los editores. Este es su departamento prioritario ya que se tiene que poner al día con las obras que están en proceso. Especialmente preocupante ha sido la conversación con Jack Martin, editor de su autor estrella, Philip Ashbury. Jack, un inglés con un francés más que aceptable, la ha puesto al día de las múltiples dificultades que se han ido encontrando con el tercer libro de su saga fantástica "El ocaso de los tres Reinos". A la lentitud propia de Ashbury, que anda enfrascado en varios proyectos simultáneamente, incluyendo la serie de televisión de "El ocaso de los tres Reinos", se han unido otros problemas con los traductores, con alguna editorial local que ha adquirido los derechos de publicación y con algunas respuestas poco profesionales en

las redes sociales que han costado el empleo al anterior community manager. El anterior director incluso tuvo una fuerte discusión con Ashbury que fue el detonante final de su despido, una marcha anunciada al fin y al cabo por sus múltiples problemas con varios empleados, algunos de los cuales incluso acabaron judicializados lo que ya hacía rondar esta decisión por parte del consejo de administración.

Emma recibe la noticia del propio Jack: Ashbury llegará esta tarde a las oficinas parisinas y pinta mal, todos temen una espantada del laureado autor hacia la competencia.

Administración, departamento legal, producción, comunicación, comerciales, logística, derechos internacionales... Todos los departamentos van desfilando por su despacho y a medida que Claire va haciendo pasar a sus empleados, Emma va observando las fortalezas y debilidades del capital humano que va a dirigir desde ese momento y comienza a trazar las líneas de cómo será su actuación para sacar lo mejor de todos ellos.

Ese día Emma come con Jack y otros dos editores en un restaurante cercano. Hablan de lo que puede suceder con Ashbury y de cómo afrontar las distintas posibilidades.

—Quizás lo mejor sea matarlo y que otro autor acabe el tercer libro —exclama Olivier Dugarry, editor de Infantil, mientras Chloe Méndez, editora de poesía está a punto de perder el agua por la nariz.

—No, en serio, no te rías, Chloe, los autores recién fallecidos venden a patadas —Olivier ríe también con ganas junto a los demás.

—Bueno, hablando en serio de verdad —interviene Emma—, no podemos perder a Ashbury. Hemos tenido muchos tropiezos con él en los últimos meses y aunque no lo haya puesto fácil tampoco por su parte, habrá que hacer lo que sea para retenerlo.

Emma parece segura de sí misma pero por dentro está preocupada. Sería una catástrofe perder a su autor estrella en su primer día.

5.

Philip Ashbury llega a las oficinas de Alister Books como un vendaval. Cuando Emma lo ve aparecer se da cuenta de que está realmente enfadado. Ni siquiera la saluda cuando sale a su encuentro.

—¡Una hora esperando el coche! —espetea irritado—. ¡Mi paciencia con esta editorial está agotándose señorita!

—Buenas tardes señor Ashbury, soy Emma Young, la nueva directora. Perdone, ¿qué ha ocurrido con el coche?.

—Que ha llegado tarde —Claire interviene para explicar lo ocurrido—, el conductor entendió mal la hora. Yo misma llamé para programarlo pero se ha producido este lamentable error, lo lamento mucho señor Ashbury.

El hombre se queda parado por un momento, de repente está tranquilo y da un repaso visual a las dos mujeres sin cortarse lo más mínimo, hasta el punto de resultar tremendamente incómodo.

Jack aparece por arte de magia y se lo lleva a su despacho en compañía de Emma. Lo agarra por el hombro